

## Adio kerida, de Ruth Behar: la antropología visual como afirmación de la Identidad (1 de 3)

Por Concepción Bados Ciria



Dibujo de Ruth Behar

Ruth Behar (La Habana, 1955), lleva desempeñando su tarea de antropóloga desde hace más de 20 años, casi siempre en relación con temas que atañen a su identidad (sus raíces sefarditas, su exilio de Cuba, sus constantes viajes a la isla caribeña o a otros lugares relacionados con sus orígenes). En su obra *La observadora vulnerable* (1996), se planteaba un compromiso de tipo personal relacionado con su trabajo como investigadora y antropóloga. Defendía una antropología cuyos resultados plasmaran la subjetividad, los afectos, los cambios y las respuestas más íntimas de los investigadores en sus trabajos de campo. Aseguraba que la etnografía

es la verdadera prueba, la única que queda de los viajes del antropólogo, y afirmaba que el éxito de su empresa dependía en cómo el antropólogo contara o dejara de contar los hallazgos, los encuentros, los resultados de esos viajes.

Siguiendo estas coordenadas, Ruth Behar sacó a la luz en 2002 un documental titulado *Adio Kerida* con el fin de explorar un asunto personal y específico, como es la reconstrucción de la propia identidad de la antropóloga. Al mismo tiempo, el filme rescata, para darles voz, a una minoría étnica y religiosa como son los judíos de Cuba, tanto los que se quedaron en la isla como los que la dejaron tras el triunfo de la revolución en 1960. Siempre en aras de una antropología vulnerable, de tipo intimista y personal, Ruth Behar se planteó llevar a cabo la reconstrucción de su identidad por medio de una práctica antropológica de tipo visual, que ha hecho posible la integración de lo personal junto a lo colectivo: en el documental se representa la comunidad cubanojudía, de la que ella se reconoce como parte integrante. En efecto, si bien son imprescindibles las opiniones subjetivas y personales de la autora-directora, la variedad de testimonios orales y aun documentales de gran cantidad de personas, aporta una fuerte dimensión objetiva a las opiniones de Behar, de manera que la antropóloga documenta su biografía y la de sus antepasados, pero lo hace al tiempo que reconstruye la biografía de su propia comunidad cubanojudía, tanto en la isla, como en el espacio de la diáspora estadounidense.

De manera que, a la dimensión personal y familiar se aúna la homónima colectiva, que comprende los orígenes de una colectividad con raíces en Sefarad, el nombre hebreo de España en el momento en que los judíos son expulsados de este país, en 1492, y los antepasados de Behar emigran a Turquía. Se podría decir que la afirmación de la identidad de la autora recorre el documental desde sus inicios, sobre todo cuando

leemos un epígrafe de León Hebreo que data de 1503, escrito después de su salida obligada de Sefarad el mismo año de 1492, y que dice así: «No puedo estar quieto/ mi corazón está en el mar/ no distingo entre mi llegada y mi partida». En todo momento los espectadores intuimos que ese mismo sentimiento impregna el ánimo de Ruth Behar ya que, siguiendo la cámara, la vemos llegar a la Habana en diversas ocasiones, y escuchamos repetidas veces, en su propia voz, acerca de su necesidad de ir y venir desde Estados Unidos, su lugar de residencia, a Cuba, país en el que nació y que dejó a la edad de cinco años.

### **Ruth en Cuba**

El documental propiamente dicho comienza con el viaje a Cuba emprendido por la directora en busca de las huellas familiares y de los motivos que le ayudarán a reconstruir su identidad escindida desde los cinco años, cuando salió hacia el exilio en Estados Unidos junto a sus padres. La repetición de planos plantea la idea de cómo la autora retorna una y otra vez a su isla natal intentando afirmar su pasado y su pertenencia a la isla caribeña; al mismo tiempo, notamos que se identifica con la comunidad judía que permanece en la Cuba de hoy. La voz de Behar se escucha mientras la cámara se adentra en distintos recorridos por las calles de La Habana, al tiempo que enfoca postales que recuerdan viajes, fotografías de bodas, de ceremonias y encuentros, de viajes en avión y en barco. Las postales, fotografías o pinturas evocan la infancia de la directora y las vivencias de sus antepasados y son la prueba de que todos ellos pasaron por la capital cubana; si bien ella asegura que no recuerda nada de su infancia, declara que le han dicho que era una niña feliz cuando vivía con sus padres en una calle cerca del malecón. En un momento dado, Ruth Behar asienta el propósito del documental, que viene a ser el siguiente: como sus padres están muy ocupados y no encuentran tiempo para ir a Cuba, ella va por ellos, y también por toda su familia. Y es que, como afirma la voz narradora en el filme, existe una dimensión personal en relación con el título, la cual se refiere al deseo de reconciliación entre la directora y su padre sefardí. Al inicio del documental reza una dedicatoria: «Para papi que no quiere volver a Cuba». Decididamente, Ruth Behar pretende recuperar el pasado de su propia familia, para sí misma y, en particular, para su padre.

Diversas fotografías en blanco y negro muestran escenas privadas de la vida de los padres de Ruth Behar, que se conocieron en La Habana y realizaron un matrimonio mixto, al ser ellos mismos judíos de ramas diferentes. Tras rememorar las actividades de la familia—aprendemos que eran comerciantes y vendedores ambulantes como la gran mayoría de judíos— la autora pasa a recoger diversos testimonios de personas que la conocieron de niña, o que vivieron en la comunidad judía. La cámara sigue a Ruth a su paso por las calles Refugio, Amargura, Oficios, calles donde se estableció la comunidad judía a su llegada a Cuba desde Turquía y otros países europeos a principios de siglo XX, huyendo del antisemitismo. La aguda interpretación de la antropóloga se deja oír muy claramente en esta ocasión para confirmar un dato. Dice Behar que «como muchos otros judíos sefarditas llegaron a la isla caribeña porque eran lo suficientemente blancos como para contrastar el color oscuro de los afrocaribeños.»





### **Adio kerida, de Ruth Behar: la antropología visual como afirmación de la Identidad (2 de 3)**

En la calle 15 Behar visita el apartamento donde vivió de niña y conversa con Hilda, quien asegura mantener todo tal y como lo dejaron los Behar a su salida de Cuba; la charla afectuosa con Carol, su nana afro cubana, evoca la niñez feliz y el deseo de Ruth de volar en avión cuando niña, sin saber los motivos de su viaje; el rabino de la Habana, José Levi, conduce a Behar a la Sinagoga y al templo Hebreo de la calle Inquisidor, donde rememoran la llegada de los judíos turcos a La Habana en 1914. La voz de Ruth nos informa de que desde allí trajeron nueve Torahs y sorprendentemente visualizamos que, a pesar del estado ruinoso del edificio, la cámara capta unas imágenes plenas de color y de belleza que plasman las huellas del pasado rico y suntuoso de los objetos ceremoniales hebreos. Junto a un grupo de judíos la directora y su propio hijo, Gabriel, participan en una ceremonia en la que tienen la oportunidad de consultar los libros sagrados. Por fin, resultan altamente emotivos los testimonios del ingeniero Alberto Behar, quien delante de un retrato de José Martí se confirma orgulloso de su pasado hebreo y el de Roberto Behar, un amigo de infancia del padre de la directora, a quien le manda saludos con afecto. Más adelante y tras diferentes testimonios como los de la doctora Raquel Maya, y de otros hombres y mujeres que han vivido dentro las vicisitudes de la pequeña comunidad judía en La Habana, la autora se plantea dudas acerca de su identidad: «¿Quién soy yo en Cuba?» se pregunta. Llega a la conclusión de que es judía porque es cubana. En efecto, si sus abuelos no hubieran viajado a Cuba, habrían muerto en el holocausto y ella no estaría viva.

En cuanto al formato del documental, parece obvio señalar que Ruth Behar registra una memoria fílmica cuya visión antropológica está singularmente colmada de poesía y humanismo. Y en este sentido, la música es un elemento importante ya que sirve para aunar y ensamblar los diferentes integrantes que componen la cultura cubana. Por un lado, las canciones sefarditas que datan del siglo XVI, las cuales evocan la diáspora de los judíos desde Sefarad a otros países europeos y que aportan una dimensión colectiva, se intercambian con el laúd, un instrumento que evoca Ruth Behar para rememorar a su abuela, quien lo tocaba muy bien y que llevó con ella a Cuba procedente de Turquía en los años 20. Por otro lado, las imágenes y la narrativa se yuxtaponen bajo músicas que trascienden las historias contadas con tambores afro cubanos, música litúrgica judía, canciones sefarditas de amor, tangos, boleros, solos de soul, flamenco, salsa cubana y jazz estadounidense. El diverso rango de formas musicales incorporadas por las tradiciones sefarditas turcas, desarrolladas en Cuba, adquiere una fuerte presencia en el documental, y así, escuchamos las voces de niños afro cubanos que afirman su herencia sefardita, de hombres y mujeres adultos que han retornado a su fe mediante la conversión, y de ancianos judíos que celebran el legado del Che Guevara, que cantan tangos y canciones de amor y que exploran la delgada línea divisoria entre el olvido y la memoria. Si bien la historia personal de la directora informa su viaje, ésta nunca domina sobre las historias de sus protagonistas, cada uno de los cuales es visto como individuo con una apremiante necesidad de crear una identidad a partir de la mezcla de elementos culturales cubanos y sefarditas. La conversión, el matrimonio interracial e interétnico y la mezcla cultural, o mestizaje, son temas

recurrentes en las historias contadas por los personajes entrevistados y filmados.

Asimismo, el recorrido de la cámara por la arquitectura habanera, la naturaleza y el paisaje de la ciudad, siempre con el malecón al fondo, imprime lirismo al documental por cuanto se visualiza no sin cierta nostalgia el efecto del paso del tiempo; al mismo tiempo, la combinación de espacios interiores y exteriores documenta las condiciones de tanto precarias de la arquitectura habanera lo cual imprime realismo al documental. En suma, se muestra a los espectadores la comunidad cubana sefardita, la cual ofrece una mezcla de tradiciones culturales tan única —española, turca, africana, judía, cubana y norteamericana— que sigue siendo un misterio y no ha sido tratada con profundidad en literatura, el arte o la cinematografía. Se puede afirmar, en este sentido, que *Adio Kerida* es la única recuperación visual y auditiva de una diáspora en constante adaptación intercultural.

De manera que con el documental *Adio Kerida*, Ruth Behar cumple con uno de sus propósitos en relación con su tarea como antropóloga: saldar antiguas cuentas con su «culpa» obsesiva de cubana exiliada en Estados Unidos y con posibilidades económicas que le permiten viajar a la isla en todo momento. En el relato al que hacemos referencia más arriba, la voz narrativa visitaba los cementerios judíos, algo que también queda documentado por la cámara en *Adio Kerida*. Sin duda, es obligada la visita al cementerio judío de Guarabacoa, cerca de La Habana, donde Ruth se pregunta si ella misma será enterrada aquí algún día. Behar reconoce que su apellido era muy frecuente en la comunidad, se detiene al mismo tiempo que la cámara en las estrellas de David de mármol que adornan las tumbas y, por último, cumpliendo uno de los rituales hebreos más ancestrales, la directora deja piedras en las tumbas de sus familiares y a la entrada del cementerio para que quede constancia de la expresión de sus deseos en relación a su identidad; una identidad que se hace y se deshace con las idas y venidas, con el regreso al pasado y la vuelta, inevitable, a su presente más actual.





### **Adio kerida, de Ruth Behar: la antropología visual como afirmación de la Identidad (3 de 3)**

#### **Ruth en Estados Unidos**

La segunda parte del documental transcurre en Estados Unidos. Behar se traslada a Miami y allí visita a uno de sus tíos que continúa, en cierto modo, la tradición de la venta ambulante que sus antepasados habían desempeñado en La Habana. Seguimos a Behar en su amistosa conversación con distintos miembros de la comunidad judía cubana que emigró a Miami a raíz de la revolución. Por un lado, el rabino Salomón Gazzari le cuenta que a su llegada fueron mal recibidos por los americanos y que construyeron dos sinagogas con la ayuda de todos los emigrados; por otro lado, Ruth visita a un grupo de mujeres que mantiene sus tradiciones culinarias, heredadas de sus madres y sus abuelas y cuyos trabajos ayudaron a la economía de los exiliados cubanos en los primeros años de la diáspora; la cámara se adentra entre las gentes que ha tenido suerte en los negocios, como el matrimonio formado por Alberto y Elsa, en cuya tienda se venden todo tipo de objetos de origen turco, tanto judíos como musulmanes; un testimonio interesante es el de Sammy, un reconocido peluquero que celebra el matrimonio de su madre cubana y sefardita con su padre cubano y católico porque eso le supone ser intercultural; por su parte, los hermanos Miriam y Rafael Elí se muestran orgullosos de sus orígenes sefarditas. Ella es una bailarina que mezcla tradiciones del flamenco con tradiciones afrocubanas y turcas; en cuanto a su hermano, Rafael, éste busca las huellas de su apellido sefardí en libros de historia que reconstruyen la estancia durante siglos de esta comunidad en la península Ibérica y, al mismo tiempo, evoca mediante fotografías su apoyo a la revolución cubana en los primeros años de su triunfo. Es el momento de la nostalgia compartida por los exiliados junto a la directora del documental.



Mosaico

El clímax del filme tiene lugar cuando Ruth se encuentra con su padre sefardita, quien según la voz narradora se ha mostrado siempre escéptico ante los motivos de su hija para hacer este tipo de trabajos y quien, pese a sus reticencias y a su negativa a regresar a Cuba, no duda en cantar la canción *Adio Kerida*, que da título al documental. Se trata de una canción de cuna hebrea que él había escuchado en muchas

ocasiones, de niño, en la voz de su madre. Con sus padres, Behar realiza una visita a un apartamento situado en el barrio de Queens, en Nueva York, donde vivieron al poco de salir de Cuba y donde encuentran que otro matrimonio de inmigrantes judíos, esta vez procedentes de Uzbekistán, se han instalado en la casa donde ellos vivieron: la autora constata que la diáspora continúa. De Queens se trasladan al cementerio de New Jersey, donde se halla enterrada la abuela paterna, quien tocaba el laúd en Cuba y a quien Behar dedica una amorosa salutación. La última etapa del viaje de Ruth la lleva hasta su hogar, en Michigan, donde la esperan su esposo, un estadounidense convertido al judaísmo, y su hijo. El documental se cierra con unas palabras confidenciales de

Ruth Behar, quien se sigue planteando dudas, cuestiones en torno a su identidad, a su dilema de estar y no estar, a sus deseos de emprender otro viaje a la isla que la vio nacer. Como León Hebreo, ella siente que su viaje no acaba nunca, que no le es posible tener un lugar de residencia fijo y permanente.

A modo de conclusión, me interesa señalar que además de la reconstrucción y posterior afirmación de la identidad de la directora y protagonista principal, *Adio Kerida* se aproxima a un análisis de la identidad judía que se mezcla con las homónimas cubana y latina, y plantea temas relacionados con la diversidad y la multiculturalidad. Por un lado, el documental subvierte los estereotipos y las imágenes establecidas sobre judíos y latinos al mostrar que los judíos pueden ser latinos y los latinos pueden ser judíos. Por otro lado, los judíos sefarditas se ven a sí mismos como gentes hispanas conectadas tanto con el mundo árabe como con el africano por la historia de interpenetración cultural y emocional con estas culturas. Por medio de un recorrido hacia el pasado, se nos informa de que este grupo étnico es descendiente de poblaciones judías expulsadas por la Inquisición española en el siglo XV. Además, se nos dice que los judíos sefarditas son notables por haberse aferrado apasionadamente a su nostalgia por España y a su amor por la lengua española, aún a pesar de haber sido obligados a abandonar este territorio por cuenta de su identidad étnica y religiosa. Por último, se apunta que entre el núcleo predominante del mundo judío de Europa Oriental, los sefarditas son virtualmente desconocidos como comunidad y son prácticamente invisibles en el mundo literario y artístico contemporáneo.

### **Ruth, en Cuba, una vez más**

Al final del documental se integra, de manera audiovisual, la historia personal de Ruth Behar, por lo que el filme se torna circular y, con este propósito, la cámara concluye mostrando las mismas imágenes de la llegada en barco a La Habana desde el malecón. En esta ocasión, una pequeña embarcación se adentra en el agua y desde allí un grupo de músicos cubanos le cantan un son a Ruth; el son, composición rítmica caribeña por excelencia, viene a recrear la propia historia personal de la antropóloga ya que rememora cómo salió de la isla a los cinco años, su empeño por recuperar su pasado familiar y su nostalgia por el terruño de la infancia, nostalgia que la hace regresar cada año para visitar a sus paisanos y para recorrer sus lugares añorados. En cierto modo, la canción es un homenaje de los propios cubanos a Ruth, porque siempre retorna y no los olvida. Con las últimas imágenes, ya fuera del documental y mientras visualizamos los rótulos que indican los nombres de los participantes en el mismo, se nos invita a los espectadores a reflexionar sobre la recuperación de un tiempo perdido que continúa dejando su marca sobre los instantes fugaces del presente. Sin lugar a dudas, el lirismo impregna y envuelve la realidad, de manera que quedan demostrados los excelentes resultados de la combinación entre la antropología visual y el cine documental.

